

[Publicado en El Periódico de Aragón, 1-V-1999]

## **Tunecinos**

Guillermo Pérez Sarrión

En el museo de la vida tradicional de la tunecina ciudad de Tozeur, en el lejano desierto sahariano, pueden verse unos hermosos collares que allí hasta casi ayer llevaban las mujeres musulmanas casadas. Todos llevan un cilindro con el documento que acreditaba su condición de casadas (y su pertenencia al marido), y varias pequeñas cadenas, una por cada hijo habido. Se pueden contar: casi todos tienen siete u ocho. Pues bien, esas mujeres que tenían 7-8 hijos hasta los 60, tienen ahora entre 1,4 y 2,4 hijos, según la renta.

Es una primera sorpresa. La primera de las muchas que al viajero con ojos abiertos y no mero consumidor de hoteles le depara este país magrebí, a la vez tan cercano y tan lejano. Y la constatación demográfica no es casual, es lo primero que se ve. El país está literalmente lleno de gente: en los campos, en las calles, en los caminos, por todos lados. Y lo que sorprende más, tras ver los collares de siete y ocho cadenas, no es ver cómo está lleno, sino cómo se ha llenado. Túnez tenía 4,5 millones de personas en 1966, que son hoy 9,5. Las proyecciones la llevan a los 12,5 millones a principios del siglo XXI.

Pero además hay una segunda constatación visual: toda esta población es muy joven, y va a la escuela. El país está lleno de colegios, de escuelas. Las hay por todas partes. Toda o casi toda la población está escolarizada, en un ciclo formativo que al finalizar ha llevado a cada escolar a haber estudiado, además del árabe, unos 10 años de francés (segunda lengua), seis de inglés y dos o tres de una tercera lengua no doméstica. Resumiendo, el estudiante tunecino acaba conociendo más lenguas que el estudiante español. A tener en cuenta al valorar nuestra enseñanza secundaria.

Esto es posible merced a un Estado muy intervencionista que sigue el modelo de Francia, país que mantiene una importante presencia económica, política y cultural y del cual fue colonia de 1881 a 1957. La descolonización llevó al poder, a través de Habib Bourguiba, a una clase dirigente que optó no por romper sino por mantener los vínculos culturales y comerciales. Tras las revueltas de 1987 y el nuevo liderazgo de Ben Alí, se ha mantenido un Estado muy intervencionista que sin cambiar un régimen político autoritario y paternalista ha encauzado el desarrollo del país, llevando hasta los oasis más apartados los servicios básicos: luz, agua corriente, carreteras, médico, escuela, televisión. Un Estado que, dentro del siempre difícil período postcolonial, ha conseguido articular un mercado nacional, o está en vías de hacerlo, y cuya presencia y acción positiva debieran ser recordadas a quienes siguen creyendo que el mercado funciona siempre, como algo fuera del tiempo, y que sus posibles imperfecciones sólo pueden resolverse con más mercado.

Y también obliga a reflexionar sobre si la práctica de la democracia política debiera anteponerse a todo, sin más. La democracia puede funcionar bien cuando la población tiene asegurados unos servicios básicos y ha adquirido una educación que posibilite una cierta cultura política para ejercerla. Democracia no es sólo elecciones, es capacidad para comprender al adversario y pactar con él. Cuando los ingleses consolidaron la democracia para su país, allá por el siglo XVII, tenían probablemente el mayor nivel de educación de toda Europa. Y cuando no se dan estas condiciones la cuestión se complica, como bien se ve en

Argel, al lado mismo de Túnez, con 36 millones de personas y una sociedad deshecha.

Por otro lado, en pocos sitios como en este país, abierto al mundo y de religión islámica, puede verse mejor el papel ambivalente y siempre fundamental de la religión en el progreso. No es fácil olvidar que es el Corán el libro que permite que el árabe sea una sola lengua, y que por tanto en la escuela la formación literaria y humanística aún hoy en día sigue girando en torno a él. Probablemente no pueda ser de otro modo. Pero en los museos de historia y etnografía eufemísticamente llamado modo de vida tradicional, al contacto con la sociedad industrial cambia de nombre: y pasa a llamarse atraso, subdesarrollo. Si en una sociedad atrasada no hay mejora en las condiciones de vida el discurso religioso integrista, en este caso islámico, puede integrar el atraso en su predicación, apropiarse de él, y calificar de impío, inmoral o impuro lo que simplemente no es sino injusticia y desigualdad social. ¡Qué rápido olvidamos en Europa que sólo hace tres siglos también en el mundo católico la protesta religiosa la encabezaban los pobres, y que las revoluciones se pregonaban en defensa de la vuelta a la tradición!. La sociedad tunecina no es confesional, pero el integrismo está estrictamente controlado impidiéndose que en las mezquitas y escuelas coránicas sean utilizadas para cualesquiera otros fines distintos de la práctica religiosa. El progreso social es la mejor arma para asegurar la democracia.

Finalmente la última y quizás la principal sorpresa visual, sea la constatación del nuevo papel social de la mujer, primera beneficiaria de este cambio social. Una sola generación ha bastado para poner fin a costumbres aún extendidas en otros países islámicos. Las madres que al crecer vivieron aún la poligamia, el velo, la sumisión absoluta al esposo y la incultura más espantosa, tienen hijas que practican el divorcio civil, la libertad de costumbres y la educación igualitaria. Aún hoy, ambos modelos coexisten. Y el papel del Estado parece seguir siendo necesario para consolidar el proceso.

Es inevitable recordar que muchos son emigrantes potenciales. Es necesario más que nunca impulsar el desarrollo económico del Magreb, ayudar su progreso, crear puestos de trabajo para esa muchedumbre de jóvenes tunecinos (y magrebíes: en Argelia, en Marruecos, la situación demográfica es la misma), que hablan tres idiomas y medio y que si no encuentran una vida digna en el Magreb inevitablemente buscarán sus oportunidades en países de Europa con rentas altas y población de envejecida. Y es necesario también un cambio cultural que redefina nuestro anquilosado concepto de la inmigración, que frene la xenofobia nacionalista.

Probablemente recordar todo esto no resulta muy original, pero es muy importante. Es la diferencia entre preparar el futuro o esperar sentados a que venga. Los europeos ya hemos hecho demasiado de lo segundo. Y esto, lo que no hay que hacer, es lo que nos muestran ahora los tunecinos, tan lejanos y tan cercanos.

(1.074 palabras)